

Una memoria prodigiosa



Rafael Borja.

Un día me dijo Rafael Borja, Cónsul de los enguerinos en Madrid: —“Pepe, tenemos que ir a ver a don Antonio Moreno...” Y como yo hiciera un gesto de extrañeza porque realmente ignoraba quién fuera la persona invocada, Borja siguió su discurso con su característica concatenación de ideas aclarándome: —*Don Antonio Moreno, es un ilustre enguerino, que lleva en Madrid más de medio siglo sin haber vuelto jamás por el pueblo natal, pero conservando su memoria una estampa muy nítida de la Enguera de sus tiempos, y es su memoria un fardo de recuerdos con tal acopio de datos fidedignos, que podría hacerse la más documentada historia de su época, porque don Antonio Moreno, es nada más y nada menos que el famoso Antonico Badía, contemporáneo de tu padre y de mi tío el boticario Palop, de los que fue gran amigo—.*

Don Antonio Moreno, era tan enguerino, que hablando del pueblo parecía que se emborrachaba. Cuando en las visitas que le hacíamos, salía a despedirnos hasta la puerta del piso que habitaba, nos decía muy emocionado: —*Ches, venir a verme, y charraremos de Engra...*

Charrar de Engra, era para él una verdadera diversión, porque ya no salía de casa. Su senectud le había confinado en aquel quinto piso que habitaba, que decía que era como una torreta de colomos donde sólo volaban sus pensamientos. Las cataratas empezaban a nublarle los ojos, y sus patas eran como cañotes que no aguantaban la subida y bajada de aquella larga teoría de escalones. —*Ches, venir a verme y charraremos de Engra...* Borja, que estimaba y respetaba a don Antonio Moreno, de vez en cuando me decía: —*Pepe, tenemos que ir a ver a don Antonio...*

En una de nuestras visitas, rebuscando temas vírgenes, se me ocurrió preguntarle si se acordaba del tío Pelotín, personaje del que me habló algún agüelet de la villa.

—*¡Sí, hombre, pues no me he de acordar, si aún tengo aquí en el costral las ablauras del tirapié...!*

Y nos habló del tío Pelotín. Fue en sus tiempos, un tipo popular de los que llenan una época, como fueron después que él, Antonio Maceo, el tío Bernardico o Pedro el

Gandul, y tantos otros que han servido y sirven de divertimento a las generaciones alizonecas. El tío Pelotín, era un zapatero remendón, que tenía su taller en una *casíca* de la calle del Señor que hace esquina con la calle Verde. A la puerta del tío Pelotín, decía don Antonio que *se azumian toos los crianzos de Engra*, atraídos por dos cosas que poseía, tan peculiares, como su mal genio y su *relor de cuco*, que tanto divertía a los *chiquetes*, cuando lo veían abrir y cerrar la *porteta* de la garita cuando cantaba las horas.

Pero como incordiaban al pobre hombre distrayéndole de su tarea, le hacían perder la paciencia y disolvía los grupos de insolentes crianzos, a zurriagazo limpio —¡caiga el que caiga!—, como si jugara a *carrascón de correa* con ellos.

Don Antonio aún recordaba exactamente una frase del tío Pelotín, vertida en el indulto de un *borde* de aquellos a quien atrapó en sus persecuciones. Y, es que alguno se *sacó de la cabeza una cancioneta*, que le cantaban a coro, y empezaba así:

*Si el tío Pelotín quisiera
coseirme la zapatilla...*

Pero el tío Pelotín, no los dejaba terminar la copla porque en cuanto oía la cantinela salía indignado tras los cantores arrojándoles cuanto tuviera en las manos, y salían volando las *zabatas* y más de un *trinchet* hicieron al dar en la cabeza de los perseguidos. Una vez salió, chaira en mano, tras un *chiquet*, lo agarró del pescuezo y haciendo además de rajarle la tripa lo perdonó diciendo: —“¡Si no mirara Dios, *chiquet*, te pegaba una *gochillá en la pancha*, que te la hacía *cruxir como un melón verde...*!”

Me contó una vez Borja, y lo confirmó luego don Antonio, un alarde de memoria que éste hiciera en una ocasión oyéndole contar a Miguel Piconá una *pasá enguerina*. Era también un *alizon* auténtico, que como Antonico Badía había permanecido también muchísimos años lejos del pueblo, pero recordándolo a cada momento tal como lo dejaron sus ojos cuando de él salió para irse de *pañeret* a servir a un pañero enguerino establecido en un pueblo de Andalucía. Piconá también gozaba *charrando de Engra*. Y sabía contar chascarrillos andaluces y cuentos gitanos y cuando estaba entre paisanos, *pasás enguerinas*, en las que le gustaba ser protagonista.

Una vez, ante un concurso de enguerinos, contó la broma que le gastaron sus amigos cuando regresó a Enguera a pasar una *Sanmiguelá*. Decía que iba tan *pincho* con un traje de paño y *sombreret*, que causaron la envidia de sus *amiguetes* que vestían de *bruseta* y *espardeñas*, y por eso quisieron ponerle en evidencia gastándole una broma que bien pudiera inspirar a Gila para alguno de sus relatos. La broma consistió en que una noche, después de deambular por el pueblo, uno de sus amigos propuso sentarse un *ratíco* a descansar en el portal de la casa de don Tomás de la Habana. Y se sentaron, dejándole a Piconá sólo el *rinconet*, donde previamente uno de ellos se había *apomponao* a calzón caído, dejando una *pandrojá* como una *buína*. La gracia del cuento estaba en la gráfica descripción que hacía Piconá del momento en que, sospechando la blandura del almohadón, tiró mano al trasero y *s'ensulló los dátiles...*

Pero don Antonio que escuchaba la narración, evocó el paraje urbano donde decía Piconá que había ocurrido el suceso, y viendo reflejada en su mente la hermosa fachada de la casa de don Tomás de la Habana y la ausencia de portal, le interrumpió el discurso diciendo:

—¡Mentirosón, si en el portal de ixa casa no ten pues asentar como no sea pa adientro...!